

A TRAVES DEL CRISTAL

Juan Villoro
(seudónimo: Cuano)

—Esto no lo abre ni Mandrake.

Mientras, yo movía la linterna de un lado a otro, iluminando los muebles metálicos de la cocina que brillaban al primer contacto con la luz.

No supe cuándo fue que Javier se arrojó para tratar con toda el alma de abrir la alacena; tenía tanta sed que sólo pensaba en meter la cabeza bajo la llave del fregadero. Pero lo único que hice fue seguir vaciando mi linterna sobre todos los anaqueles, sobre los cucharones soperos que colgaban del techo y luego sobre las ventanas. Me dediqué a frotar la luz contra los cristales empañados por la niebla para asegurarme de que Mr. Reed no asomara su cabeza totalmente rapada, como sólo deberían usarla los masajistas de fútbol.

Fui pasando la luz por las paredes, acordándome de que ya era hora de desenterrar la pluma que había traído de México, para escribir todo eso, para escribir algo que no se pareciera al libro aquél; olvidándome por una vez de que existen los pájaros, de que la sangre nos fluye como un vino que embriaga todos los rincones.

Escribir así, tranquilo, en la biblioteca pública de este pueblo donde no pasa nada. Viendo la escuela a través de la ventana, Javier con un libro para que me acordara de mi tierra, y ser yo uno de los pocos que tienen muchísimas razones para ir a dar a Estados Unidos. Pero es que, a fin de cuentas, quién no tiene ganas de ponerse un pantalón de mascota con saco negro de pana, dispuesto a subir a un jet que irá directamente a Nueva York.

Ahí, la cosa es meterse en un autobús

con destino hacia el norte y ser el último de los pasajeros que serpentea entre los bosques cubiertos de neblina, viendo los pueblitos de madera; y luego seguir hasta detenernos en la farmacia de un pueblo donde bajas las maletas y te quedas mirando la bandera de las barras y las estrellas, la escuela toda de madera, pintada de blanco, con las ventanas y el techo de color verde, y ahí, un peloncito simpático, Mr. Reed con su cabeza rapada que se acerca a saludar.

Eso es todo. Mr. Reed me dijo que lo acompañara en medio de un calor insostenible hasta el cuarto donde alguien me señaló una litera. Entonces abrí la ventana para ver el bosque, el rayo de luz que se colaba entre los almendros iluminando la cancha de volibol.

Tocar los platos hondos, las cucharas. Reconocerlo todo con la linterna; hasta al estúpido de Javier que no abría ninguna cosa y para colmo sudaba como el más cretino de los caimanes. A esas horas es cuando todos duermen, cuando sólo se ve una luz en los dormitorios, el humo de algún cigarrillo saliendo por la ventana. Pensé en Mr. Reed escondido junto a la cocina, en el laboratorio de las grabaciones. Pensé en él y en el general Custer que nos aguardaba en las cintas magnéticas; estaría esperando la mañana para enseñarnos con su propia voz cómo se

pelea en los desfiladeros de Arizona. Pensé también en que se iban a dar cuenta del robo, los veía a todos rezando un padre nuestro para que apareciera el ladrón. Entonces sí que me dio sueño, apagué la linterna y, sentado en un banco, me puse a cabecear como si navegara en un velero.

Al rato, abrí un ojo para ver a Javier derritiéndose en sudor frente a la gaveta y quién sabe por qué, me dio por levantarme y caminar hasta la alacena para darle la más descomunal de las patadas. Las puertas se abrieron de par en par y el golpe recorrió toda la escuela; los vi dormidos, escuchando ese ruido que no se parecía a nada. Javier se quedó sin pronunciar una palabra porque estaba seguro de que bajarían las monjas a descubrirnos; yo me quedé callado porque sentí que mi pie se inflaba haciéndome perder el equilibrio; sentí que se hincharía hasta elevarse como un gigantesco zeppelin. Yo, volando con mi pie inflamadísimo hasta muy lejos, hasta la ciudad de Antofagasta, donde tengo un amigo que quiero saludar.

Pero la estupidez del pie sólo duró un segundo, lo suficiente para acordarme del libro aquél, que también era culpable de esta imagen. Y digo que duró un segundo porque antes de oír los ladridos de Colonel ya habíamos sacado la mayoría de los corn flakes de la alacena. Todos los gallitos cayeron en el costal y al día siguiente nadie los iba a ver saltar entre el sueño, en sus cajas de cartón. En las mañanas creía ver al gallo de los corn flakes echándose un clavado de su caja al plato hondo lleno de leche. Por poco y sigo con estas preocupaciones si no es que Javier me jala para que atravesáramos la puerta de alambre.

El pie me dolía a llenar, pero me puse a correr al acercarse los ladridos. El camino a los dormitorios es corto y ya estábamos llegando cuando la respiración se me paró en seco, mientras un cosquilleo me subía por la médula, como cuando estás en el servicio militar y te tienen una hora firmes, después te hacen caminar cinco pasos y te vuelven a poner firmes, entonces sientes un frío que te recorre los músculos tensos, un cosquilleo helado que te sube por toda la médula espinal.

Me quedé ahí, anclado con ese pie que empezaba a ponerme malo, cuando vimos al subdirector en la puerta de los dormitorios, bajo un foco infestado de luciérnagas. No había peor pesadilla en el colegio que despertarse con la sensación de que el subdirector estaba ahí, recargado

contra la puerta del cuarto, con su sonrisa de oreja a oreja, sus pantalones guinda y los huaraches que usaba con unos cerdísísimos calcetines blancos.

Verlo, era doblar hacia el bosque detrás de la estatua de Santa Bárbara. Volteando, pude descubrir al perro Colonel que iba a reunirse con el subdirector; luego los cuartos de las monjas se encendieron en el edificio principal. En ese momento yo me creía Custer. Custer que bordeaba un campamento cheyene para alcanzar la parte trasera de los dormitorios. Por ahí trepamos a un tejado que está sobre el primer piso, como una terraza de madera que bordea los cuartos; como un fuerte que es rodeado por dos apaches en búsqueda de la única ventana abierta. Durante ese tiempo sólo pensé en *roof*, en *roof* sin más. Tenía la palabra *roof* metida hasta los huesos y era en lo único en que podía pensar, por eso se me olvidó sentir asco por el subdirector cuando pasamos sobre su cabeza al llegar a la ventana del pasillo.

Abrí la puerta de mi cuarto y ya estaba dormido; supe que nos iban a hacer pedazos pero igual me quedé dormido gracias al olor de mi compañero canadiense que esa noche, más que nunca, apestaba a sopa de zanahoria.

Por la mañana era levantarse sintiendo la humedad en las comisuras de la boca. Todos los días dejaba la cama revuelta para irme a lavar los dientes. A esas horas nunca podía sacudirme el martilleo de unas botas sobre el mármol. En la embajada americana un policía, de esos que se rapan como astronautas y tienen un águila calva sobre el pecho, me acompañó, a través de los desiertos corredores de mármol, hasta la oficina donde iba a sacar una visa de estudiante para su país. Así es que en las mañanas era cosa de empezar por quitarse de encima esas botas que sonaban como toda la Unión Americana; era cosa de sacarse las lagañas bajo una delgada lluvia que caía, haciendo charcos, sobre el camino a los dormitorios.

Llegué al comedor con los blue jeans salpicados de lodo. Nunca había visto a Javier tan nervioso, me murmuró algo en una deformación del español que hay en su país, que no alcancé a entender por el ruido de la misma canción de Carole King que ponían a todas horas en el tocadiscos de la sala. Y como no estaba con hambre me olvidé de nuestro asunto y me puse a platicar con un amigo que vino desde Persia a los cursos de verano.

Me dijo que yo era igual a todos los la-

tinoamericanos. Que se nos dice algo y sonreímos y que luego asesinamos al pobre beduino que unos minutos antes nos había dicho que éramos sus mejores amigos y que entonces le sonreímos y que nunca hubiera esperado amanecer con una puñalada, etcétera, etcétera. La verdad es que yo no le hacía mucho caso porque me había vuelto a dar sed y además estaba distraído viendo el acuario detrás del persa. En el agua hay unos pescados chiquitos, de colores, que te miran del otro lado del cristal, unos pescados que nadan en línea recta hasta estrellarse con el vidrio en vez de nadar junto al barco pirata que está en el fondo. Y mientras él daba su discurso yo me fui apretando las comisuras de la boca hasta que un poco de sangre me empezó a asomar y entonces volteé a ver a los pescados y luego al persa que se estaba riendo, asomando sus encías moradas. Cumplir con lo mío: la farmacia. Donde venden los aparatos eléctricos, probar si le servían las pilas. Metérmela por abajo de la camisa para que todo el mundo creyera que nada más había sacado las vitaminas que pagué en la caja y que además necesitaba porque lo de la comida era algo serio.

Afuera, hay un loco que se las gasta disparándoles con su mano a los coches que pasan por la carretera.

—Bang —le grité al salir, y se echó a rodar sobre la banqueta.

En la tarde lo mejor fue ir a la biblioteca a olvidarme de lo que había que hacer después.

Escribir así, tranquilo, en la biblioteca pública de este pueblo donde no pasa nada.

Por la ventana veo la escuela, Javier empezando a ser culpable de todo cuando me dio ese libro. A estas horas los demás deben estar sin camisas, soportando a base de coca colas el calor que te impide hacer la tarea. Yo, en cambio, estoy en la cabecera de una gigantesca mesa donde cada hora viene uno de esos retirados de guerra a hojear una revista. Bajo el vidrio de la mesa hay un mapa, y lo más fácil sería descubrir los pájaros que a estas horas picotean los higos frente a mi ventana, descubrir los cóndores que sobrevuelan la cordillera de los Andes. Ahora pienso que sería bueno escribirlo todo, escribir todo lo que va a suceder esta noche, desenterrando la pluma que no hubiera querido usar en las vacaciones porque me pensaba olvidar de todo, porque no sabía que me

iba a convertir en una auténtica salchicha que no tiene más diversión que ir a misa o a lavar su ropa. Y ahí estoy yo los domingos, convertido en gallina, rodeado de gallinas. Todos en una procesión de pájaros gigantes que se entretienen en la iglesia. Y ahorita mismo se me ocurre desplumarlos a todos, cubrir la escuela con una montaña de plumas, se me ocurre que debería rajarles el vientre en dos pedazos, rajar esos vientres granulados, de pollos, hasta que asomaran las vísceras calientes.

Pero yo ya había oído a Carole King y era por eso que sabía que no todo es amargura en este mundo, y que hay momentos en que uno deja de ser salchicha para convertirse en el cuate más feliz sobre el globito. A veces me da también por sentirme de esos héroes que se van a hacer el amor entre hojas secas. Entonces me voy a jugar volibol y a la hora de bañarme atravieso cuatro dormitorios donde la luz penetra dando sablazos, hasta llegar a la regadera. Al fondo abro las llaves y todo se cubre de vapor y a mí me agarra la más estúpida de las felicidades, así, de pronto.

Mientras oscurece, el cielo se ha puesto de un azul intensísimo. Desde aquí veo al grupo que siempre se pone a beber cerveza en lata frente a la escuela. Me dan ganas de escribirlo todo pero se me antoja que esto no es más que la prolongación del libro que me prestó Javier, que esto no es más que un infame coctel de cosas que van a suceder; un ceviche de tantas cosas diferentes que indigestará a cualquiera.

Sentí el pasto húmedo bajo mis tenis. Nadie se iba a dar cuenta de que no estaba en los dormitorios. Caminé muy despacio hasta la cocina. Javier ya había forzado el seguro de la puerta.

—¿Conseguiste la linterna?

—Sí, ¿cómo va eso?

—Esto no lo abre ni Mandrake —me dijo.

Con la humedad de la mañana, el dolor se fue haciendo insoportable. Mi pie estaba moradísimo. Me dieron ganas de tomar mucha agua y de que nada hubiera pasado. Descorrí la cortina para ver la lluvia y le dije a mi pie que nos fuéramos a México. Pero mi pie se quedó ahí sin importar nada. Yo no hice más que ir al cuarto de Javier que dormía solo y que estaba sentado sobre la cama comiendo corn flakes; y como si en verdad no hubiera pasado nada, le lancé el saludo de siempre:

—Apúrale porque tenemos clases —mientras abría una caja de cartón.

En el comedor, el silencio era increíble y las monjas rezaban esperando al director. A mí todo me parecía irreal. Se me hizo imposible que estuviera en el mismo país que hace las historietas de cowboys que teníamos en la sala. Me parecía imposible que ahí estuviera yo, esperando al director. Entonces ya no me dieron ganas de regresar porque él llegaría de un momento a otro y el ambiente era el indicado para que entrara en un nervioso caballo blanco, para que entrara y yo lo viera a través de un antifaz negro. Por eso me iba a quedar, porque yo lo iba a ver cayendo de su caballo, porque yo lo iba a ver cayendo hasta morder el polvo.

De pronto, Javier cerró la historieta que estaba leyendo y yo ya no pude pensar en algo que no fuera lo que nos iban a decir. Luego me dio risa por acordarme cuando fui yo el que llegué y me los presentaron a todos de golpe y supe que Javier había puesto cinco vasos de leche sobre su charola y que se negaba a comer los sandwiches de pescado que nos dieron. Yo me puse a tomarles las placas a todas las mujeres porque también se me había ocurrido ir por eso. Saqué unos cigarrillos de pan de azúcar y, como Javier los miró en el aire, me dijo que si hablaba español y como yo soy mexicano me fui a su mesa, y le iba a decir que para sarapes los de Saltillo, que era lo máximo encontrarme a alguien de abajo. Entonces empieza lo malo, ahí mero casi me pongo a cantar porque además de impulsivo soy cursi. En ese momento deliraba, devoré como diez sandwiches sin ver que Javier no oía, su cara estaba rojísima, era una jeta de judas de cartón, una jeta que sólo iba a ver después, cuando trató de separar a dos borrachos que peleaban entre latas de cerveza, y la luna se derramaba sobre la carretera, y ya no había ningún carro, y Javier con su cara rojísima perdiendo el tiempo en separar a los dos que peleaban, y la carretera era ya un espejo de la luna manchado de sangre y Javier siguió ahí, desesperado, como si tratara inútilmente de abrir una gaveta.

Cuando me di cuenta de lo endiabrado del asunto quise decirle que teníamos que hacer algo. Pero Javier no oyó nada; se estuvo con esa cara de imbécil, de quien piensa en su finca, allá por el sur, donde hay frutas y jaguares.

De pronto, el silencio se hizo todavía mayor y las monjas dejaron de rezar.

Vi al director. Lo vi entrando en su silla. Lo vi caer, durante la Segunda Guerra Mundial, en un bombardero envuelto en flamas. Lo vi a él, coronel de la Fuerza Aérea, con una herida en la columna en medio del océano. Lo vi nadar con su balazo durante horas, manchando el agua hasta la playa. Lo vi después, sano y salvo, fotografiarse junto a un banderín de los Boinas Verdes. Lo vi quedar paralítico diez años más tarde cuando ya nadie se acordaba de la herida. Lo vi fundando una escuela católica en un pueblo que no existe en los mapas. Lo vi ahí, sentado, contratando al subdirector para que lo bañara y les diera de comer a él y a su perro Colonel.

La voz del director era algo rasposa, como el ruido que se produce al rebanar un pan francés. Todos estaban fumando por una especie de costumbre al oírlo hablar. No podía ser por otra cosa, ya que todos sabíamos que el discurso iba a ser algo de pizarrón, que lo peor iba a llegar después. Yo sólo escuchaba frases sueltas, como los fragmentos de una plática que la brisa lleva desde un faro hasta la playa. Así se oía todo; el comedor era una inmensa bruma y a mí me daba otra vez una sed terrible.

No capté nada. Creo que dijo algo del pecado; lo cierto es que no supe del castigo. Sólo recuerdo cuando las monjas lanzaron un suspiro de admiración, como mi maestra cuando se enteró que en México las gentes vivían en cuevas y se alimentaban de culebras. En el salón todo era bruma y humedad y olor a papel de baño. Las últimas palabras se oyeron como las de un pescador que quiere atracar entre la niebla. No había nadie que no supiera que iba a pagar lo que habíamos hecho con algo más asqueroso que el hígado frito de los jueves. Estuve seguro de que todos sabían también que éramos nosotros. Afuera dejó de llover y sólo se oía a Colonel ladrando lejos.

Los canadienses comenzaron a hablar entre ellos. Quise salir del cuarto, cuando alguien me apretó fuertísimo por el codo. Era el subdirector. Nunca debí de haber volteado para ver esa sonrisa que me recordó que tenía el pie más inflamado de la escuela, que Javier me esperaba para decidir algo. Se me quedó sonriendo sin mover la boca, y yo no sentí que la sangre volvía a ponerse en orden hasta que tuvo la ocurrencia de aflojar su mano. Apenas y estuve libre, aproveché para correr al cuarto de Javier.

Me quedé rasguñando el salitre de la pared mientras Javier comía corn flakes sin decir nada. Luego se me ocurrió caminar hasta el escritorio para abrir uno de los cajones donde quise encontrarme un revólver, un Winchester calibre 22 de cañón largo, y así acabar con todo como lo hubiera hecho Custer. Pero lo triste del asunto es que en ese cajón sólo estaba el libro aquél, hecho quesadilla de tantas leídas. De inmediato supe que todo había sido inútil, que tendríamos que seguir yendo a la lavandería como siempre.

Giré la perilla pensando que era necesario esconder los gallitos que estaban regados por el piso.

A la farmacia entré jugando con unas monedas. El aire acondicionado me recordó que había vuelto a salir el sol.

Estaba totalmente despejado. En el cielo sólo había unas cuantas nubes, unos perfectos y estúpidos algodones que no sirven para tapar ni el más mínimo rayito de sol.

Me senté del otro lado de la carretera, frente al loco que estaba de espaldas a la farmacia. Partí mi chocolate en dos pedazos, de esos chocolates americanos que son tan complejos como la anatomía del cuerpo humano. Sentía flojera de ir a escuchar a Custer al laboratorio. Todos los ingredientes del chocolate bajaron raspándome el esófago. Estuve pensando en el acuario, en los pescados chocando contra el vidrio, en los mapas y en el bosque húmedo y lleno de insectos, en los bosques que van de Vermont hasta Wyoming. Me pregunté qué hubiera dicho de mí Gary Cooper, el de *Por quién doblan las campanas*. El sol estaría pegando durísimo porque el loco hizo una visera con sus dedos para verme mejor. Entonces sentí que no era más que un idiota que tiene sed a todas horas, y como si fuera un personaje de un escritor chileno, de apellido griego, prendí un cigarro y eché a andar por la carretera.

